

El sacapuntas

Con rabia, Jamil, dio una patada al suelo con tan mala suerte que dio con su pie en una piedra. El dolor era tan intenso que perdió en equilibrio y dio con el trasero en el suelo. “¡Siempre igual, no tengo suerte, cómo puedo darme un golpe con la única piedra de toda la playa!, ¡los demás tienen razón, no soy un hombre!” Mientras se auto compadecía apoyó su mano en el suelo para tomar impulso y levantarse, cuando se topó con un objeto que estaba semienterrado en la arena. Lo cogió, lo limpió y vio que era uno de esos sacapuntas que llevan recoge virutas. Sin pensarlo mucho se lo guardó en el bolsillo con la idea de que quizá le gustara a su sobrino Rashîd.

De todas formas, aquel hallazgo no logró apaciguar su estado de ánimo, nada podría. Hoy era el día en que la familia se reunía entorno a la mesa para celebrar el cumpleaños de su hermano Agdel “El perfecto”, como él lo llamaba. Cuando eran pequeños era al revés, Jamil era el hijo predilecto, obediente, atento, respetando los deseos de sus padres, trabajador, buen estudiante... pero ahora todo había cambiado. Se habían hecho adultos y los demás no consideraban que Jamil hubiese seguidos los pasos esperados en un hombre. Ya debería estar casado, tener varios hijos, una casa propia... como su hermano Agdel. Pero no es eso lo que quiere, aunque nadie parece hacer caso de lo que desea, a nadie le importa, “¿qué hacer? ¿Renunciar a los sueños por lo que los demás esperan que se haga?”.

De mala gana se dirigió a la casa de sus padres y, cuando hubo llegado, se sentó a la mesa junto a los hombres de su familia. Las mujeres se apresuraban para poner la mesa y terminar de hacer la comida, mientras los hombres charlaban, reían y bebían esperando a que todo estuviese preparado. Mientras Jamil aguantaba las burlas como podía “Jamil, ¿dónde está tu mujer para que te prepare la comida? O mejor, ¿Por qué no ayudas a las mujeres a prepararla?” “Hamil, ¿vienes de hacer las compras con las mujeres?” Todo este tiempo permaneció callado deseando que, de una vez por todas, apareciesen las mujeres con la comida y, así, acallar todos aquellos comentario. Por fin llegaron y se sentaron con los hombres, ya que al ser una celebración especial se les permitiría comer con ellos.

La celebración dio comienzo y también la conversación. Se habló de cómo estaba el país, lo rica que estaba la comida, lo guapas que se veían las unas a las otras, lo poco que faltaba para el Ramadán... pero, inevitablemente, la conversación derivó en el estilo de vida de Jamil. “¡No puedes seguir soltero, Jamil!” “¡Te hace falta una buena mujer, Jamil!” “¡Fíjate en Agdel, dos hermosas mujeres fértiles que le han dado dos hijos cada una!”... No pudo más, en cuanto tuvo oportunidad salió a tomar el aire un rato. No podía hacer más que respirar muy hondo, tranquilizarse y mirar al cielo pidiéndole a Alá que acabase toda aquella presión.

En ese momento, metió las manos en los bolsillos recordando el regalo de Rashîd. Lo sacó y al mirarlo vio que había algo diferente en él. En el recipiente que sirve para recoger las virutas parecía haber una especie de humo, un humo negro que pugnaba por salir, por liberarse. Desenroscó la tapadera, la que lleva el sacapuntas, y todo aquél

humo comenzó a salir, junto a él se oían unos susurros. El corazón de Jamil latía muy fuerte, aquello era muy extraño ¡sonaba como las voces de su familia! Cuando se hubo tranquilizado prestó atención a lo que decían los susurros: “¡Qué suerte tienes, Jamil!”, “¡Tú libre y yo con cuatro hijos y dos mujeres!”, “¡No te cases, vive tu vida!”, “¡Ojala yo fuese como tú!” “¡Eres un gran hombre!”.

No lo podía creer tanto tiempo bajo aquella censura y aquellas burlas. Tanto tiempo pensando que no encajaba en ningún lugar, que no se sentía como los demás, que no sabía cómo comportarse y resulta que todos a su alrededor le envidiaban. Todos mentían, mantenían las apariencias porque era lo que se esperaba de ellos pero, en realidad, nadie quería su propia vida. Envidiaban a Jamil y querían que él se sintiese culpable por ser como era.

Después de haberlo oído todo, cerró el sacapuntas y, con toda la fuerza de la que fue capaz, lo arrojó muy lejos con el deseo de que otra persona pudiera encontrarlo y le sirviera tanto como le había servido a él. Dio media vuelta y con paso firme entró en su casa.

“¡Hijo recoge esos platos!”

“Sí, madre”